Domingo 2 de mayo de 1999
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 14,1-12

Señor, muestranos al Padre, y nos basta

El Evangelio de hoy contiene un diálogo de Jesús con sus apóstoles que tiene lugar en el curso de la última cena con ellos y que se intercala entre sus discursos de despedida. Jesús comienza consolando a sus discípulos que se han quedado consternados con la noticia de su partida: "No se turbe vuestro corazón". Sigue explicando el motivo de su próxima partida: "Voy a prepararos un lugar". Asegura que la separación no será por mucho tiempo: "Volveré y os tomaré conmigo".

Hasta aquí los discípulos escuchan en silencio. Pero no pueden dejar de reaccionar cuando Jesús afirma: "Adonde yo voy ya sabéis el camino". Viene la objeción obvia, formulada por Tomás: "Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?". La objeción exige una explicación de Jesús y esto da ocasión a que pronuncie una de las frases más hermosas del Evangelio y que más revela la identidad y la misión de Jesús: "Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí". Con esta explicación, los apóstoles -y también nosotros- sabemos que Jesús iba al Padre; ahora sabemos también el camino que debemos seguir para ir al Padre.

Jesús va al Padre, y para ir allá no necesita de ningún medio. Es lo que asegura poco después: "Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí". Pero nosotros, para ir al Padre necesitamos un medio, necesitamos recorrer un camino que nos una con el Padre; nosotros no podemos ir al Padre sino por Jesús. La misión de Jesús es ofrecer a la humanidad un medio para llegar al Padre; este medio es él mismo.

Se estaba hablando de un "camino". Habría bastado que Jesús dijera: "Yo soy el Camino". ¿Por qué agrega los otros términos de la sentencia? Disputan los intérpretes sobre la relación en que se encuentran las tres palabras: Camino, Verdad, Vida. En las lenguas hebrea y aramea las partículas gramaticales que sirven para poner en relación de subordinación unas frases con otras son muy pobres; las frases simplemente se yuxtaponen y el contexto dice en qué relación se encuentran. Es lo que ocurre aquí: los tres términos están simplemente yuxtapuestos; pero tienen una relación de subordinación. Los entenderemos así: "Yo soy el camino, porque yo soy la Verdad y la Vida". La frase principal es, entonces: "Yo soy el Camino". Las frases subordinadas explicativas: "Yo soy la Verdad y la Vida", son aún más importantes. Estas ya no son una metáfora -"Camino" es una metáfora"-, sino que expresan la identidad profunda de Jesús. Merecerían un comentario aparte.

Pasaremos, sin embargo, adelante para detenernos en otra de las interrupciones al discurso de Jesús, esta vez interpuesta por Felipe: "Señor, muestranos al Padre, y nos basta". En este año 1999, dedicado al Padre celestial, es conveniente pre-

guntarnos qué estaba pensando Felipe cuando formula esta petición. Antes de responder a esta pregunta, hacemos notar que, fuera de Juan el Bautista en un discurso suyo al comienzo del Evangelio (cf. Jn 3,35), nadie se refiere a Dios con el nombre de "Padre". Felipe es el único de los apóstoles que habla de Dios como lo hace Jesús. En el IV Evangelio Jesús llama a Dios "Padre" 109 veces. Y mientras "los judíos trataban de matarlo porque... llamaba a Dios su propio Padre, haciendose a sí mismo igual a Dios" (Jn 5,18), Felipe no sólo aprueba ese modo de hablar de Jesús, y acepta lo que implica, sino que él mismo llama a Dios "Padre". Es un ejemplo admirable de identificación con Jesús.

Tres cosas magníficas se pueden destacar en esta petición de Felipe, que revelan el espíritu contemplativo del apóstol. La primera es su anhelo de ver a Dios. Este es el mismo deseo que ya había manifestado Moisés en el monte Horeb cuando oró: "Dejame ver tu gloria" (Ex 33,18). En esa ocasión Moisés recibió esta respuesta de Dios: "Mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo" (Ex 33,20). Dios entonces le permitió solamente ver sus espaldas, explicando: "Mi rostro no se puede ver". Así queda expresado el régimen del Antiguo Testamento. El anhelo profundo del hombre de ver a Dios queda insatisfecho esperando el momento en que sea saciado. Esto tendrá lugar con Cristo, que es la plenitud de la revelación.

La segunda cosa que hay que observar en la petición de Felipe es que él tiene una intuición acertada de lo que está pidiendo, de lo que significa ver a Dios: Eso "nos basta". El está convencido de que en comparación con la visión de Dios todo lo demás cede, pierde interés y queda olvidado. De esta manera Felipe antecede a la gran mística Santa Teresa de Jesús, que muchos siglos más tarde escribirá los famosos versos: "Quien a Dios tiene, nada le falta; sólo Dios basta".

Por último, tal vez lo más importante, es que Felipe está convencido de que Jesús puede satisfacer su anhelo; de lo contrario, su petición habría sido desmesurada. Haber comprendido esto es un gran mérito del apóstol. Su petición demuestra que ha intuido que ya estamos en el régimen del Nuevo Testamento, es decir, de la revelación plena de Dios.

A Felipe le faltaba, sin embargo, comprender lo que Jesús le aclara: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". De esta manera Jesús aprueba el anhelo de Felipe, pero le enseña que él mismo es la visibilidad del Padre. Esta es la doctrina que ya aparecía en el Prólogo de este mismo Evangelio: "A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha hecho visible" (Jn 1,18).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción